

Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”
Córdoba (Argentina), año 20, n° 20 (2), 2020, pp. 124-127.
<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuarioceh>
ISSN 1666-6836



Ignacio A. LÓPEZ, *La república del fraude y su crisis. Política y poder en tiempos de Roberto A. Ortiz y Ramón S. Castillo: Argentina, 1938-1943*, Rosario, Prohistoria, 2019, 293 pp.

Rebeca Camaño Semprini
CIH-UNRC / CEA-UNC
CIECS- UNC / CONICET
rebesemprini83@gmail.com

Recepción del original: 25/08/2020

Aceptación del original: 01/09/2020

En *La república del fraude y su crisis...* Ignacio A. López busca explicar cómo fue que un gobierno heredero del victorioso golpe de Estado de 1930 terminó en 1943 teniendo la misma suerte que el de Yrigoyen. Propone realizar un recorrido por los programas y proyectos presidenciales y las prácticas políticas, electorales y partidarias, tanto del oficialismo como de la oposición, para resolver el interrogante de si aquel 4 de junio fue el resultado inevitable de la dinámica política de los años treinta o una entre otras soluciones posibles.

A partir de una nutrida y variada provisión de fuentes documentales, el autor centra su atención en las presidencias de Roberto A. Ortiz y su sucesor, Ramón S. Castillo, considerándolos en los márgenes del universo saenzpeñista del cual eran herederos. Con matices propios, ambos buscaron resolver los problemas inconclusos de la democratización de 1912-1916. El primero, previendo una salida democratizante y de consolidación institucional del régimen heredado de 1932 con la incorporación de los opositores; el segundo ensayando el último intento de las fuerzas conservadoras por dirigir los destinos de la república.

La obra se divide en dos partes, dentro de las cuales se agrupan ocho capítulos originalmente nominados con una terminología musical que señala los distintos ritmos del devenir del proceso político e institucional argentino. En la primera parte, “El bienio de Roberto M. Ortiz y la primavera aperturista (1938-1940)”, compuesta por los capítulos “*Moderato*”, “*Andante vivace*” y “*Allegro*”, López reconstruye cómo, aunque lo repudiaba, el fraude había sido para Ortiz el camino deshonesto pero seguro para llegar a la presidencia y, desde allí, alcanzar su fin último: una apertura democrática regulada bajo su tutela.

Para dar cuenta de ello, una de las dimensiones centrales en el análisis propuesto remite a la búsqueda ensayada por Ortiz de controlar territorialmente la política y gestionar alianzas político-partidarias. Para su reconstrucción se realiza un seguimiento de las elecciones provinciales y de las estrategias presidenciales frente a estos procesos electorales, mostrando cómo oscilaron pragmáticamente entre la intervención y la prescindencia, según se priorizara la necesidad de imprimir un sesgo legalista a las administraciones y legitimar al presidente ante la opinión pública o la gobernabilidad de la coalición, incluso cuando las administraciones o partidos de gobierno recurrieron a prácticas políticas que colisionaban con el ideario de pureza del sufragio aclamado por el propio presidente.

También las iniciativas legislativas de Ortiz dan pauta de su proyecto político y permiten identificar cuáles eran las preocupaciones centrales de su agenda institucional. Si los proyectos de Ley Orgánica de Partidos Políticos (1938) y de Ley Nacional de Educación Común e Instrucción Primaria, Media y Especial (1939) evidencian que la democratización política –a través de partidos orgánicos y de la elevación de la educación de la ciudadanía– era central para el programa de gobierno de Ortiz, la preocupación por los asuntos castrenses –manifiesta en el proyecto de Ley Orgánica Militar y en el de reestructuración general de la Armada (1938)– implicaba un reconocimiento del rol que habían adquirido las fuerzas armadas como condicionantes de la gobernabilidad, llegando incluso a ser uno de sus pilares centrales.

La salida de Ortiz del gobierno por razones de salud marca el final de la primera parte del libro y el inicio de la segunda, “La sucesión de Ramón S. Castillo y el

ocaso de la república del fraude”, compuesta por los capítulos “*Presto agitato*”, “*Vivacissimo*”, “*Adagio*” “*Grave*” y “*Finale con moto*”. López reconstruye aquí los años en que el catamarqueño tuvo en sus manos la investidura presidencial, mostrando la conflictiva transición de un presidente al siguiente, la mutación de la provisionalidad a la permanencia y el progresivo reemplazo de un programa político por otro.

Entre julio de 1940 y junio de 1942 la política argentina estuvo marcada –con diferentes ritmos y matices– por la anomalía del doble comando: un titular del Ejecutivo en licencia por enfermedad que conservaba un importante capital político y moral en el manejo de la política nacional y un vicepresidente en ejercicio que buscaba manejar las riendas del gobierno y marcar el rumbo de los acontecimientos. Para cuando a mediados de 1942 Ortiz presentó su renuncia poco antes de su fallecimiento, las estrategias implementadas por Castillo ya estaban rindiendo sus frutos. Los conservadores habían conseguido una Concordancia cada vez más demócrata y menos antipersonalista y la lucha subterránea por influencias en los círculos castrenses y en las redes políticas tenían cada vez más dos nombres propios: el presidente Castillo y el general Justo. Las posiciones políticas en las provincias y en algunos puestos centrales de las Fuerzas Armadas fueron –de acuerdo con el análisis realizado por López– los escenarios de ese enfrentamiento frío entre los dos contrincantes. La muerte de Justo en enero de 1943 significó un cimbronazo para el escenario político argentino. Al redefinir alineamientos tanto al interior del oficialismo como de la oposición y perfilar cambios en las lealtades de los militares, abrió el camino hacia el fin improvisado del último gobierno demócrata.

En respuesta al interrogante que articula el libro, López afirma que la insurrección del 4 de junio no se presentó como inexorable sino como fortuita. Su triunfo –en disonancia con los múltiples movimientos potencialmente subversivos previos– es atribuido por el autor a la confluencia de varios factores: el aval del ministro Guerra, la pasividad (o complicidad) del jefe de Policía de la Capital Federal y el compromiso de un puñado de oficiales con mando de tropa hicieron efectiva la operación y permitieron que Campo de Mayo se levantara contra las autoridades nacionales; la ausencia del general Justo y su red de contactos para adelantarse a los hechos, recopilar información, generar lealtades y posibilitar una disuasión que –aun cuando no fuese querida– era respetada por la mayoría de la oficialidad nacionalista; finalmente, el éxito organizativo del GOU, que pasó de ser un grupo marginal y secreto a convertirse en un actor persuasivo, que consiguió adhesiones de los jefes de unidades y dar cierta unidad programática a un movimiento improvisado y diverso.

Paradójicamente, concluye López, el poder presidencial era relativamente sólido y podría haber permanecido en funcionales hasta el próximo recambio

gubernamental, pero la autoridad estaba corroída. Los apoyos castrenses de los que dependía la institucionalidad presidencial demostraron no ser tan leales como se suponía, en un contexto general de desgaste de los acuerdos de la Concordancia que fueron percibidos por la opinión pública y el resto de la oposición como esencialmente ilegítimos.

En una mirada panorámica del libro, podría reclamarse un predominio del análisis de los proyectos y prácticas del oficialismo por sobre los de la oposición y la necesidad de una mayor profundidad en las explicaciones plausibles de la frustración en el Congreso de los proyectos legislativos presentados por el Ejecutivo en materia política, educativa y castrense. También debatir la presentación, salvo quizás en los últimos capítulos, de la cuestión internacional demasiado como telón de fondo de los procesos políticos argentinos, dado que – aunque mantuviera su autonomía– el “tormentoso” escenario global fue crucial en los alineamientos y clivajes de la política doméstica.

Sin embargo, ninguna de estas observaciones opaca la contribución historiográfica que significa *La república del fraude y su crisis...*, obra que invita a seguir pensando un período clave de la historia argentina, en el que no solo fueron puestas en jaque las probabilidades de supervivencia y consolidación del régimen surgido en 1932 sino que se agudizaron los debates en torno a la viabilidad del sistema democrático.